

Perfil Escritor, columnista y guionista cinematográfico, Martin Suter pertenece a esos autores que saltaron de la publicidad a la confección de intrigas con las que pescar en las aguas revueltas del alma. Repasamos aquí su trayectoria

Precisión suiza

ANTONIO LOZANO

Mucho ha llovido desde que en la película *El tercer hombre* el personaje de Harry Lime escogiera el reloj de cuco como la más destacada contribución suiza a la humanidad tras cinco siglos de paz y prosperidad. El país es desde hace décadas sinónimo de secreto bancario, pero sólo hoy la banca en general es vista como el enemigo público número uno. Esto ha allanado el camino para que el novelista con reflejos buceee en la opacidad de sus turbios métodos a la búsqueda del thriller que confirme una vez más la actualidad de la célebre inversión del *dictum* de Bertolt Brecht: "¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo?". ¿Y quién más legitimado para la misión que uno de sus súbditos?

ción a la esfera de las empresas tecnológicas. Desde un punto de vista simbólico, Montecristo, en tanto que marca de unos habanos asociados a los poderosos, funciona como metonimia de las fuerzas oscuras que mueven los hilos del mundo desde sus inaccesibles despachos de caoba en los que suena música clásica.

La trama arranca bajo el ascendente de Patricia Highsmith. Strand se encuentra en el vagón restaurante del Intercity con destino a Basilea cuando el tren se detiene bruscamente en un túnel. Un caso de "atención sanitaria a un pasajero", mensaje en clave que significa que uno de los pasajeros se ha caído (o ha sido arrojado) a las vías. El protagonista agarra su cámara. Graba lo que no debe y, de forma

entidades financieras. "Por lo general no ando detrás de un tema para mis libros, sino de una historia - responde el autor por correo electrónico-. Me sedujo una que arrancara con una coincidencia menor y altamente improbable que, a partir de ese momento, fuera desarrollándose hasta alcanzar un tamaño intimidante y una naturaleza amenazadora. Los billetes idénticos supusieron apenas un mecanismo de partida".

La posición de fuerza que Martin Suter ocupa en el panorama europeo de la novela de suspense se explica en parte por haber heredado uno de los dones de Alfred Hitchcock: el acierto a la hora de escoger el McGuffin en algunas de sus novelas, ese objeto en el fondo anecdótico que sirve de di-

cos de circulación ilegal apunta hacia delinquentes de cuello blanco. Una desviación del sujeto delictivo que es todo un síntoma de los tiempos. Dada la magnitud de las revelaciones en torno a los tejemanejes entre banca, finanzas y esfera política, ¿por dónde debe tirar el novelista para no quedar empujeado y obsoleto? Martin Suter lo tiene claro. "Cuando la realidad supera la ficción, sólo hay una cosa que los de mi gremio podemos hacer: narrarla mejor".

Entretimiento de diseño inteligente

La obra del suizo, emparentada con la de Simenon, es un consumado ejemplo de eficacia narrativa nacida del medido control de todos los ingredientes. Premisa, ritmo, quiebro. Aquí agarro al lector, aquí le doy un respiro, aquí me to giro, aquí le sirvo un toque sentimental. No hay violencia. No hay estridencias. No hay caminos trillados. No hay concesiones al moralismo. No hay trucos ni golpes de efecto. Su cultivo de lo que podría definirse como entretenimiento de diseño inteligente quizás explique la fortuna cinematográfica que han tenido muchos de sus libros (*Lila, Lila, Je n'ai rien oublié, Der Koch*).

Como Dashiell Hammett, Elmore Leonard o más recientemente John Verdon, Suter pertenece a esa tradición de autores que saltaron de la publicidad a la confección de intrigas con las que pescar en las aguas revueltas del alma. Interrogado por posibles influjos de su pasado profesional en su estilo, el escritor señala que "en su día trabajé como *copywriter*, que consiste en el arte de contar una historia no interesante de un modo interesante. Posteriormente, ya enfrascado en mi carrera literaria, aquella etapa me resultó de mucha ayuda a la hora de evolucionar hacia el contar una historia interesante de un modo interesante".

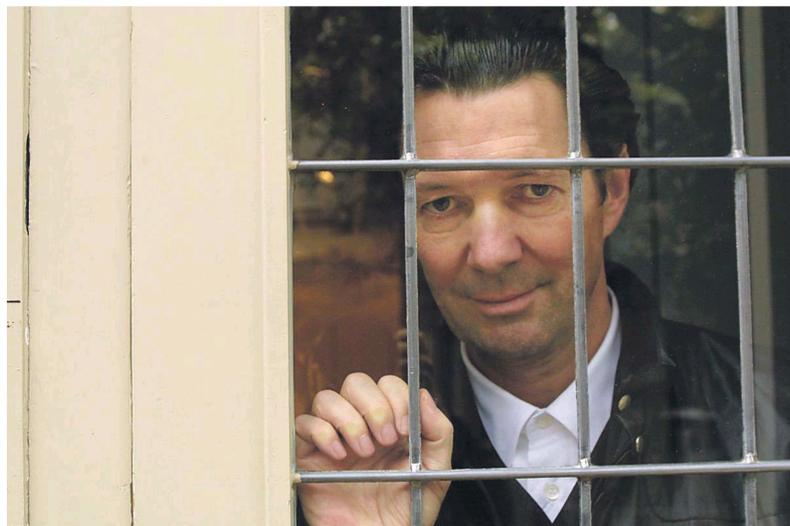
La publicidad no es objeto de ningún ajuste de cuentas en *Montecristo*, que sí escupe veneno contra el periodismo de entretenimiento y de tendencias. Mientras sueña con que su proyecto cinematográfico le conceda el estatus artístico del que se cree merecedor, Jonas Strand pena grabando fruslerías para un programa televisivo de cotilleos que arrincona de la parrilla a los informativos y al periodismo de investigación. Una bendición, por descontado, para el Eje del Mal que conforman financieros, políticos y banqueros.

Martin Suter considera que "el periodismo amarillo está gradualmente colonizando espacios reservados al periodismo serio. La obsesión con la interacción con el lector le está haciendo mucho daño a los medios de comunicación. Si te ves forzado a generar clics y comentarios con cada frase, la calidad se resiente de forma inevitable". |

Martin Suter

Montecristo

LIBROS DEL ASTEROIDE. TRADUCCIÓN DE ROSA PILAR BLANCO. 320 PÁGINAS. 19,95 EUROS



Martin Suter

ANA JIMENEZ

En su última novela actualiza la trama de 'El conde de Montecristo', metonimia de las fuerzas oscuras que mueven los hilos del mundo

Martin Suter (Zurich, 1948) ha bautizado *Montecristo* su última incursión en ese modelo literario que ha ido perfeccionando en los últimos años: la intriga que suele coger por sorpresa a ciudadanos normales y corrientes, metidos en laberintos que ponen a prueba su catadura moral. La elección del título reviste un doble sentido maravilloso. Por un lado se explica porque es aquel que el protagonista, Jonas Brand, un videoreportero que aspira a dar el salto al cine, ha puesto de forma provisional al guión en el que tiene depositadas todas sus esperanzas. La trama del mismo supone una actualización de *El conde de Montecristo*, llevando la ac-

azarosa, entra en posesión de un billete de cien francos del que pronto descubrirá que existe uno idéntico, mas no falso, sino de curso legal. Un imposible. Los urdidores del plan y los motivos suponen el 50% de la novela, y el otro 50%, saber si Strand está dispuesto a vender su alma al diablo a cambio de la fama. Suter, de todos modos, no se vio impedido a escribir *Montecristo* por el clima general de abuso y pillaje que rodea a las

namo para que toda la acción se ponga en marcha. En *Lila, Lila* una vieja mesilla de noche ocultaba un manuscrito de un autor suicida que servía para reflexionar sobre los peligros de la apropiación, mientras que en *El último Weynfeldt* el cuadro *Mujer desnuda ante una salamandra* de Félix Vallotton activaba los resortes criminales. Si la falsificación de dinero ha sido un recurso clásico de la novela negra, la emisión de billetes auténti-